

RAFA SAAVEDRA
(Tijuana, Baja California, 1967)

Los libros de Saavedra, *Esto no es una salida, postcards de ocio y odio* (1995), *Buten Smileys* (1997) y *Lejos del noise* (2002), no poseen una propuesta estéticamente estable y unificadora; por el contrario, las historias se presentan en los límites de la realidad, con variantes en el formato y la conciencia de que se debe de ir contracorriente. La cultura del rock y la era de internet junto con el rompimiento de la puntuación y un lenguaje en el que el inglés y el español casi se funden, son cualidades que no permiten encasillar la obra de este autor. De *Buten Smileys* (Tijuana, B. C., Yoremito) se ha seleccionado uno de los relatos que ejemplifica la eficacia de Saavedra cuando de narrar se trata. En "Tijuana para principiantes" (pp. 73-77), el protagonista se regodea en su mirada excéntrica sobre la ciudad fronteriza. Los sonidos cumplen un papel preponderante en el desenfado de la letanía dedicada a la urbanidad, observada sin miramientos.

TIJUANA PARA PRINCIPIANTES
(bonus track)

*We know your old game, give us a bad name
but we don't care, that's the fuckin' truth,
play the scratch one more time because
TI-TI-TI-TIJ-TIJ-TIJUANA IS COOL*

MI CITY NO ES SOLAMENTE UNA CALLE llena de gringos estúpidos viviendo un eterno verano e indios bicolores que venden flores de papel, de burros rayados y maletines de joyería chafa, de mustios ojos rasgados con videocámaras sony, de terrazas llenas de motherfuckers que beben poppers y besan el suelo buscando una mexican señorita, de periodistas extranjeros persiguiendo una leyenda negra que sólo existe actualmente en su negro culo. Mi city es una chica de ahora, deseo y pasión desbordante, semi atrevida como una de las movies porno del Gran Cinema y semi virtuosa como beata franciscana, brillante como anuncio luminoso de refresco de cola y oscura como cualquier calle de la colonia 3 de octubre.

Mi city es una jaula de ilusiones llena de espejos, poetas de la mendicidad y aspirantes a pop stars. La pobreza está en los suburbios y Dios en cada iglesia, en los spots digitales de la televisión, en el ingenio y destreza del computer world que no

niega el lado darkie del asunto. Ese que existe en los cientos de residencias en las cuales se respira con miedo, circuito cerrado y vigilancia privada. En los clubes y discotecas —hi & low— que son orgullosa y estúpidamente racistas. En los trolos y wannabes, figuras decorativas de la nota social, que se revuelcan en las aguas turbias de un weekend lleno de alcohol y droga. En los restaurantes high class con cucarachas y manteles quemados, en las malditas fondas de comida grasosa y sudor asfixiante. En el rumor del uso de carne de perro en los puestos de tacos, en la confirmación visual de policías mordiendo a los benditos turistas. En los teatros y casadelacultura vacías casi siempre, en los suples culturales en donde escriben siempre los mismos de lo mismo. En los colegios elitifascistas que preparan los nuevos cuadros dirigentes, en las monjas modernas en carros del año. En las nuevas universidades para profesionistas chatarra, en la feroz jauría de licenciados peleando por power and money. En los mercados populares y la unión de inútiles organizaciones políticas. En el orgullo de los viejos pobladores y el fanatismo provocado por el mito de Juan Soldado. En las fábricas de misiles ocultas en los suburbios, en los desechos químicos tratados como juegos de niños. En los malísimos programas radiales de denuncia, en sus ecologistas ready-made con afán barato de promoción. En los monumentos escondidos a héroes olvidados, en las playas contaminadas por aguas negras. En los cantantes ambulantes y limosneros con lentes ray-ban. En sus locos sonrientes, limpiavidrios con jeans Guess? y una multitud de videocentros. En los jóvenes winos y los friolentos homeless en la zona del río. En la cara, morena por el sol, de ese chico minusválido sonriendo como freak desde una caja de madera en el downtown.

Una perrera al rastro, por favor.

Mi city tiene una zona de tolerancia para amantes de las inyecciones y el asunto sádico del sex for money. Hoteles de paso y mogollón de ilegales en pos del sueño americano. Una cen-

tral camionera en la que ávidos polleros y carteristas se pelean por clientes elusivos. Funciones de box y lucha, canales locales de tele y cine para ratas. Activistas entregando folletos que pregonan las ventajas del sexo seguro, prostitutas seniles y chochas ofreciéndose a 50 pesos, jovencitas quinceañeras por cien. Juegos mecánicos, carpas de circo, niños de la calle y superestrellas de los noticieros jugando maquinitas. Pederastas gringos en busca de blow jobs por five dollars, motociclistas infernalmente altruistas, pochas en minifalda y alguna sureña de la Pancho Villa en topless. Una página roja full de homicidios, violaciones y robos. Mogollón de bodegas que ocultan capitales que no pagan importación, casas de cambio y poderosos lavadólars. Un odio indiferente a chilangos —buena onda o hijos de la chingada— por igual. Bandas de rock, grupos tropicales y sonido pachuco como soundtrack para los partidos pasados, presentes y futuros. Intelectuales y punkies reciclados resistiéndose a morir. Arte popular en el Cecut, tiendas exclusivas en Las Torres. Cafés y video bares. Un resurgimiento de los fuckin' cholos, conejillos de indias para estudiosos del Colef. El curado spanglish para los herederos de 91X y La Poderosa. El despegue irreverente de la Zine Generation. Una colección de maquila-girls ranchograndecasablanca que se arreglan su copete aquanet mientras tararean el último éxito grupero y cosas así. Calles llenas de baches y antenas parabólicas en casas de cartón. Pochos who never learn to speak spanish y que vienen a comer tacos with mucho guacamole and to buy some galletas and cobijas pa' taparse del frío racial en su home. Tarjetas ladatel, cruisin' cars en la avenida Revolución. Carritos de hotdogs, juniors prepotentes, skaters adolescentes por todos lados. Centros comerciales como lógica tentación, agencias de modelos y periódicos amarillistas. Bestias al volante, secuestros sin sentido, nazis morenos pero igual de pendejos. Iglesias y sectas weird que nadie sabe de donde salieron pero que cuentan con divertidos infomerciales en televisión.

Camiones recolectores de basura, influjos de coke, gbh y crack sandieguino en la principal arteria. “Votamos por el futuro y nadie nos escuchó”, “HEM”, “Mucha policía, poca diversión”, “Viva Cristo Rey” son sólo placazos en las paredes de la city, gritos que todos ven pero que nadie escucha.

Mi city es un punto libre y un aparte sin censura, un rincón lleno de contrastes y esperanzas, mosaico de posibilidades y frente en alto; es un desfile de marcas no registradas y logos de neón, de cadenas y franquicias; de personas y sentidos en dolby stereo, de lucha y de intentos, de sueños en technicolor y realidades cotidianas. Como diría un home-boy de la Liber: We’re very proud to live here en la city fronteriza más visitada del mundo. Do you understand that, ese? Si no, fuck off.

REGINA SWAIN
(Monterrey, Nuevo León, 1967)

Fiel a una generación (la “X”), Regina Swain, quien radicó en Ensenada, Baja California, durante mucho tiempo, se adentra en los mundos desenfadados de finales del siglo xx, en su único libro de cuentos, *La Señorita Superman y otras danzas* (México, CNCA, 1993). Sin formalismos, juguetonamente, sus relatos vislumbran el amor, la frontera Tijuana-San Diego, lo instantáneo del acontecer y la influencia de la cultura del consumo, la televisión y el cine. “El diablo también baila en el Aloha” (pp. 21-25) es un texto en el que el ritmo se convierte en el pretexto para narrar un momento, en uno de los tantos espacios nocturnos que se encuentran en la frontera. Swain también ha publicado la novela *Nadie, ni siquiera la lluvia* (1995), y el libro *Ensayos de juguete* (1999), básico para acercarse a las ideas literarias de la autora.